

De la Comisión Corográfica

Por Manuel Ancizar

(A principios de 1958 se cumplió el centenario de la muerte de Agustín Codazzi, el geógrafo italiano que formó el Mapa de Colombia en el siglo anterior. Don Manuel Ancizar relató en un libro, "Peregrinación de Alpha", todo lo que la Comisión Corográfica observó en su expedición por la región nororiental de Colombia. De esa obra ya olvidada, reproducimos dos capítulos para rendir homenaje a la memoria de Codazzi, quien presidió aquella Comisión y dió a Ancizar bases para su obra).

LA SIERRA DE GUICAN - LOS TUNEBOS

El río de la Nieve baja precipitado desde la cumbre de la sierra, y antes de confundirse con el de la Cueva, una legua al oriente de Güicán, rodea la base de un peñón desmesurado que por esa parte se levanta casi 390 metros verticalmente, al paso que por la opuesta se confunde con las colinas y faldas de la serranía principal, mediante una espaciosa rambla, que ascendiendo suavemente concluye de pronto en el murado abismo, tan limpio de árboles, que desde la cornisa se ven claras la distante vega y la cinta espumosa del riachuelo, y tan alto que no se percibe el ruido de las aguas que pasan veloces rompiéndose contra las rocas. Lleva este peñón por nombre **Gloria de los tunebos**, y la tradición local lo explica diciendo que una vez sojuzgados los indios, más por el terror que les infundieron los caballos y barbas de los españoles que por fuerza de las armas, comenzaron a experimentar el peso de los tributos y el intolerable despotismo de los encomenderos con tal rigor, que, desesperados y no pudiendo recuperar la usada libertad de las selvas, se juramentaron a morir, y concurriendo por grupos de familias a la rambla ya descrita, echaban a correr hacia la cornisa y se despeñaban con sus mujeres y niños. En comprobación de este relato muestran al pie del peñón gran número de huesos humanos esparcidos a todo viento, carcomidos por el tiempo y siempre rotos como por violento choque, señales de no haber per-

tenecido a cuerpos tranquilamente depositados en sepulcros; y como los indios, sin excepción de tribus, se han distinguido por el religioso esmero en sepultar los muertos dentro de cavernas o en lugares apartados del tráfico, el estado de aquellas osamentas parece corroborar lo que la tradición refiere, teniendo el apoyo de hechos semejantes mencionados por los cronistas de la conquista; a tal punto de desesperación redujeron los conquistadores a los indios indefensos, oprimiéndoles con vejámenes y exorbitantes tributos, que no les dejaban más refugio que la muerte, como se vió en los agataes y cocomes de Vélez, los cuales de un día para otro se suicidaron todos.

Por la explanada de este peñón pasamos en vía para la sierra nevada, guiándonos el inteligente y bondadoso señor Quintero. El camino se compone de multitud de veredas transitadas por los indios tunebos al través del paisajes tan variados como agrestes. Los cerros vecinos llevan en sus cumbres rotas y rodadas las señales de haber sufrido sacudimientos poderosos que talvez los rebajaron a la mitad de su elevación primitiva; la vegetación se modifica, haciéndose casi uniforme y perdiendo gradualmente en altura, a medida que se entra en la región de los páramos silenciosos; y por momentos, al llegar a las mesetas limpias de arbustos, se nos presentaban delante, y a mano derecha cerrando el horizonte, las resplandecientes masas de nieve amontonadas por los siglos sobre las altivas cumbres de la sierra. Andadas dos leguas llegamos enfrente de los restos de un largo cerro interpuesto como el muro de una fortaleza gigantesca, que es preciso escalar trepando por entre peñascos desquiciados hacia una brecha que hiende el descarnado espinazo, última barrera que nos separaba del objeto de nuestro viaje. Desde aquella brecha se domina el Llanoredondo, término de la región habitable, circuido de paredones y grupos discordantes de caliza tosca y arenisca micácea, cuyos estratos irregularmente sublevados por un extremo se levantan verticales formando crestas puntiagudas y lisas, contra las cuales se rompe el viento con un sonido particular e imponente; abajo se hace un llanito cubierto de yerba menuda y entretejida que pastan algunas ovejas cargadas de lana, e interrumpidos por bosquecillos de arbustos lustrosos, a cuyo abrigo permanece el ganado mayor, peludo y de aspecto semejante a los bisontes. En un extremo del llano, a 3.985 metros sobre el nivel del mar, está la casa en que viven los que cuidan del ganado, soportando con indiferencia la temperatura de 6º centígrados, y frecuentemente las nevadas que manda la sierra y cubren el suelo por espacio de tres o cuatro días sin derretirse. El cóndor y el buitre son los enemigos que han de combatir, vigilando los rebaños de ovejas, tras de los cuales andan aquellas aves saltando de picacho en picacho, para aprovechar el menor descuido y lanzarse sobre la presa, habiendo cóndor tan pujante que levanta en sus garras un cordero mediano, y hace remolinear los arbustos al batir sus fuertes alas. Desde la casa hasta el pie de la sierra mide el llano una legua, en que el suelo negro, apretado y cubierto de gramíneas y pequeños frailejones blancos, se halla interrumpido por colinitas de esquistos arcillosos, y cortado por arroyuelos angostos, límpidos como el cristal y corriendo sin el menor ruido, según se les ve siempre en las cimas tendidas de nues-

tros Andes. Junto a la sierra el frailejón se multiplica, se apodera exclusivamente del terreno y adquiere proporciones de árbol, levantando su inmóvil copa sobre largos y embetunados troncos. El suelo se encuentra removido y sembrado de fragmentos lisos de rocas, que revueltos con arenas y margas forman una especie de cercas paralelas a la base de los cerros, de cuyos costados abiertos han sido arrancadas y arrastradas por una fuerza lenta y perseverante; estas son las **morenas** (1) que acompañan a los neveros y quedan, después que las nieves han desaparecido, atestiguando a lo ancho de los valles que allí existieron hielos eternos, como sucede en algunos puntos de los Pirineos y Alpes, que hoy no son nevados. Nos hallábamos a 4.300 metros de altura y 5º centígrados de temperatura; el frailejón había quedado atrás; los líquenes aparecían a trechos al abrigo de las pequeñas, y rara vez salían de las hendeduras las cortas y retorcidas ramas de algún arbustico sólido y lustroso, como el acero pulimentado; el aire es allí quieto, insuficiente para la respiración agitada por el ejercicio, de donde procede el desfallecimiento que sufren las personas y las bestias, llamado **chacuá**, perdiendo el tino y el equilibrio; la atmósfera tan diáfana, que las distancias se equivocan, juzgando muy de cerca los objetos lejanos; ni un ave, ni un ruido de vida perturba la solemne soledad; y la voz humana se transmite clara y sin rival por el espacio. Tocábamos ya con las manos el bisel o límite inferior de un inmenso nevero que se descuelga por un plano rápido desde lo alto de la sierra, llevando a los lados y al frente muros de roca revolcados entre arena, greda y cascajo, arrancados del suelo por el cortante filo del nevero, y prestando el aspecto de sulcos de 40 a 60 metros de altura. El del costado derecho se prolonga cerro arriba durante media legua hasta el borde de las nieves permanentes, y determinamos aprovecharlo para andar a caballo todavía, bien que el piso desigual y fofo dificultaba la marcha de las mulas, las cuales se detenían frecuentemente y volvían las cabezas hacia el distante llano habitado, como amedrantadas por las moles de nieve que nos rodeaban.

Por fin hicimos alto para continuar escalando a pie la masa deslumbradora de la cumbre nevada y para examinar despacio la portentosa confusión de pirámides y cerros divididos por fosos profundos que ostenta el nevero, sobre cuyo nacimiento nos hallamos a 4.676 metros de altura, viéndolo tendido a nuestros pies, desarrollándose hasta 600 metros más abajo. Causalo la configuración del suelo en esta parte de la sierra, en que repentinamente forma un plano muy inclinado, de poco menos de media legua de caída y una milla de ancho. La nieve aglomerada en lo alto, con un espesor de 25 a 30 metros, resbala por la rambla removiendo la tierra y las rocas, hendiéndose en grandes

1) — *Moraines* llaman los geólogos franceses las masas y fragmentos de rocas que los neveros (*glaciers*) arrastran a sus costados y frente, como los sulcos laterales que levanta el arado. Ningún diccionario español trae el equivalente de aquel término técnico, por lo cual, en vez de ponerme a inventar otro, he preferido conservar el francés, dándole apariencia española, que así lo entenderán todos.

trozos, por falta de base plana en qué reposar: vienen luego las lluvias a llenar las grietas del nevero, dentro de las cuales inmediatamente se congela el agua, que ocupando entonces tres veces más espacio que cuando estaba líquida, hace el oficio de cuña y empuja para abajo la masa de nieve, con fuerza irresistible; y como en cada una de estas grietas innumerables se establece una poderosa cuña, resulta que la totalidad del nevero se mueve lenta y constantemente, levantando al frente y a los costados enormes sulcos de rocas y tierras, que cual un poderoso arado, arranca de la superficie del cerro y transporta al valle inferior, donde forman las **morenas** o muros de rocas, paralelos a la base de la sierra. Medido en las grietas el espesor del hielo, resultaron 4 metros en el bisel o punta de nevero, a 4.150 metros de altura sobre el nivel del mar, y de ahí para arriba, hasta 4.676 metros, altura del borde de las nieves sedentarias eternas, el espesor aumentaba gradualmente, alcanzando por fin el grueso de treinta metros. La luz, descompuesta en las hendeduras, daba a las paredes un color azul celeste, que más abajo se obscurecía, tomaba algunos reflejos del iris y concluía perdiéndose en las tinieblas del fondo. Era un poco peligroso el pararse en el borde de estos precipicios movibles, por lo cual no pudimos determinar con firmeza la escala de temperaturas dentro de las grietas, pero sí es cierto que aumenta con rapidez hacia el fondo, donde el calor es suficiente para liquidar la nieve; y de aquí procede que la masa congelada disminuya por la base y no por la superficie exterior y nazcan los arroyos a la raíz de la nieve, desde encima de la cual suele oírse en lo profundo el rumor de las ocultas corrientes. El aspecto de la parte superior del nevero era como el de un torrente de nubes vistas por arriba, es decir, una confusa mezcla de pirámides y promontorios, que por un lado reflejaban vivamente la luz y por el otro proyectaban sombras caprichosas, al paso que en el cuerpo llevaban embutidos pedazos de rocas, que asomaban sus ángulos ennegrecidos por entre el albo material material que las contenía.

Deseosos de aprovechar el día, que era felizmente claro y sin viento, dimos algunos pasos más y nos encontramos sobre la grande explanada que forma el lomo de la sierra. La reverberación de la luz era tan intensa, que por un rato nos quitó la vista y hubimos de hacer alto hasta habituarnos a mirar sobre la vasta superficie tersa y blanquísima que se extendía indefinidamente. Seguimos la marcha: nuestros pies eran los primeros que hollaban aquel pavimento de cristal, que crujía bajo la presión, hundiéndose hasta el tobillo y a veces hasta la rodilla. El señor Quintero traía unos perros cazadores, que nunca habían visto suelo de aquella especie, y era de notar las precauciones con que asentaban las patas y las retiraban al romperse los primeros cristales, exhalando aullidos prolongados y haciendo morisquetas que nos hicieron reír de buena gana; sólo después de un rato de experimentos sagaces y animados por nuestras voces, se determinaron a caminar de seguida, pero siempre alzando las patas grotescamente, como si el hielo se las quemara. Continuamos hacia el norte andando más de un cuarto de legua en demanda de una eminencia, en la cual nos establecimos, y tomadas la altura y temperatura, resultaron 4.783 metros sobre el nivel del mar, 0º en el suelo y 12º a dos

varas de distancia, lo que nos explicó el calor que sentíamos en la cara, efecto de la poderosa reflexión de la luz, que nos hizo perder el cutis y llorar a ratos. Físicos de gran reputación habían hablado del peligro de forzar la voz en tales alturas y del color casi negro de la bóveda celeste. Nosotros gritamos bastante sin la menor novedad, y vimos el cielo constantemente de color azul pálido; marchamos a paso largo y aun lanzamos bolas de nieve, sin sentir la postración de fuerzas que, para menores alturas, indica el señor Boussingault; sólo si notamos que la voz no llegaba a mucha distancia, ni era devuelta por eco alguno, sin embargo de haber cerca picachos de rocas desnudas. La explanada de hielo se prolonga norte noroeste llevando, de borde a borde, una legua de anchura y cubriendo tres leguas cuadradas, en cuya extensión arropa varias eminencias semiesféricas, la más alta de las cuales mide 5.983 metros sobre el nivel del mar. Cuando llegamos allí avanzaban por todas partes columnas de niebla, que eran absorbidas rápidamente por la nieve y encima se extendían nubes inmóviles, que desde luego comenzaron a desgajarse en una espesa lluvia de pajillas brillantes, que descendían verticalmente y se nos pegaban de punta a los vestidos. Por bello que fuera contemplar aquel descenso continuo de pequeños prismas, heridos al soslayo por el sol poniente y haciendo rielar en ráfagas los colores del iris, sentimos el suceso, pues nos quitaba la vista de las extensas regiones que deben columbrarse desde tan elevado observatorio; y como la nevada crecía y el sol nos abandonaba, hubimos de pensar en retirarnos en busca del mundo animado, abandonando a paso lento unos lugares marcados con el sello del silencio eterno, jamás cruzados por seres vivos y que irresistiblemente infunden cierto recogimiento religioso, como si allí se estuviera más cerca de Dios, o acaso porque se está más lejos de los hombres.

Recuperamos nuestras mulas y bajamos a Llanoredondo, admirando de paso la grande y profunda rotura por donde se lanza entre paredones el río del Mosco, en dirección de Güicán. Atravesamos el páramo, y comenzaron a alegrar nuestros oídos el canto de las aves, y el susurro del viento, perfumado por las plantas que agitaba. "A medida que se descende de estas tristes regiones la naturaleza se anima: las gramíneas, los arbolillos, los árboles, aparecen gradual y sucesivamente; arroyos bulliciosos corren en todas direcciones para formar torrentes y después ríos cristalinos; el aire adquiere densidad y aromas; el paisaje despliega los variados tesoros de la vegetación equinoccial; las viviendas del hombre se avecinan; las muestras de su industria se multiplican; crecen numerosos los rebaños; mejoran y se ensanchan los caminos; y por último, alzan sus techumbres las aldeas y los pueblos y las villas circundadas de alegres campos en que ondean las mieses, o de verdes colinas cubiertas de prados y arboledas, cerrando el cuadro las cumbres lejanas que se levantan en anfiteatro, destacadas sobre el azul del cielo y ceñidas por fajas de nubes que reposan contra las pendientes laderas" (2).

2) — Codazzi, Geografía de Colombia.

Al respaldo de la sierra nevada, y en la dirección Este hacia los llanos de Casanare, se conservan independientes y aislados los restos de la belicosa tribu denominada tammez por Piedrahíta, y hoy tunebos, ocupando los cuatro pueblos Royatá, Sinsiga, Covaría y Ritambía, que los indios no dejan visitar por los blancos a quienes miran y llaman todavía **españoles**. Un indio viejo, animado por el espíritu evangélico se hizo cristiano y comenzó a catequizar paisanos, erigiéndose en una especie de cura misionero, con tan buen suceso, que no pocos tunebos se hallan reducidos y hacen el comercio de gomas, resinas, cacao y otras menudencias, adquiriendo en cambio sal de Chita y herramientas que van a buscar hasta el Socorro. Estos hablan el castellano muy mal y se dicen **racionales** para diferenciarse de sus compatriotas paganos. Son todos grandes de cuerpo y vigorosos, y trafican un camino que atraviesa la sierra por donde no hay nieve, el cual termina súbitamente interrumpido por un ramal inaccesible y fragoso que arrancando desde las cumbres nevadas, se prolonga sobre los llanos y forma la barrera de separación entre los tunebos y sus tradicionales enemigos los blancos. En frente del punto en que parece concluir el camino hay un muro estratiforme, casi vertical, de más de 200 metros de elevación y apenas adornado por algunos arbustos adheridos a las divisiones horizontales de la Peña, salvo en una faja o rastro en que desde la cumbre al pie se nota usada y trajinada la muralla y perforada por una serie de pequeños agujeros, alternados, labrados de propósito. ¡Coca increíble! Este es el camino de los tunebos. El indio lleva cargadas las espaldas con tres y aun cuatro arrobas de peso, toma resuello al pie del peñón, mide con la vista la dirección del rastro, y sin vacilar un punto comienza a trepar a guisa de rana, metiendo la punta de los pies y cuatro dedos de las manos en sus correspondientes agujeros e izándose de seguida hasta la encumbrada cornisa. Para bajar emplean un método aun más peligroso: llegados al borde del abismo toman en cada mano un largo bordón de macana y los adelantan como sonda hasta encontrar dos de los agujeros en el muro, afianzan los bordones, adelantan un poco el cuerpo sobre el precipicio y se dejan correr por las macanas hasta llegar con los talones a los agujeros; afirmados allí vuelven a adelantar los bordones y a deslizarse más abajo y así descienden sucesivamente al pie del peñón. No hay cazador de venados ni hombre alguno del campo que se atreba a imitarlos. El señor Quintero nos refería que una vez, invitado por los tunebos cuya voluntad trata siempre de captarse, determinó seguirlos y visitar el primero de sus pueblos, no llevando más equipaje ni embarazo que una ligera escopeta. El es joven, robusto y acostumbrado a la venatería, y con todo nos confesó que habiendo trepado la tercera parte del peñón, fatigados los brazos y los pies, le ocurrió mirar hacia abajo, y fue tal el vértigo que se apoderó de su cabeza que hubo que retroceder a toda prisa y renunciar a su propósito de viaje por más que la curiosidad le aguijaba. De esta manera los tunebos han inventado el modo de permanecer aislados de los blancos, sin estar en guerra con ellos; y según parece, si no es por la parte de los llanos, atravesando veinte leguas de desiertos no hay entrada posible a los pueblos que ocupan. En una de nuestras excursiones por aquellos alrede-

dores nos encontramos con dos tunebos que iban al mercado de Güicán. Era el uno ya viejo, pero derecho y fuerte, oscura la color, cabello lacio cortado sobre la frente en línea recta y muy largo sobre los hombros y espalda, nariz afilada, bigote pobre y un mechón al extremo de la barba. El otro representaba poco más de 20 años, su fisonomía despejada y clara, su continente un si es no es altivo pero agraciado con el sello de la pujanza muscular; entrambos de estatura mediana y bien repartida, calzados con sandalias de cuero crudo, y por toda vestidura largas ruanas de balleta. Caminaban hablando recio en su idioma gutural y sonoro; y como nos encontrásemos de repente al volver un recodo, se quitaron los sombreros de trenza y el viejo empezó a saludarnos en tunebo, mas luego trocó su habla por la castellana, y no sin dificultad dijo:

—Buenos días, taita y hermano. Dios manda dar limosna a tunebo; —y extendía la mano sin humillación, cual si cobrara un tributo debido.

—¡Cómo tunebo —le contestó mi compañero, pagándole el tributo—, ¿y hablas castellano?

—Si, yo tunebo: tunebo racional por tronco y hermanos, y agua en la cabeza.

—¡Ah! —le interrumpí—, y entonces, ¿cómo no sales con tus hermanos a vivir acá entre nosotros?

—No, hermano: acá no tierra para tunebo: allá tierra bastante! Cuando Dios crió sol y luna crió tunebo y tierra libre— añadió con cierto movimiento de orgullo, y poniéndose el sombrero dirigió una mirada al taciturno compañero que se había mantenido hacia un lado; dijéronnos adiós y se marcharon sin admitir más conversación como gentes que no veían provecho en seguir charlando.

Nos quedamos un rato mirando el andar rápido de aquellos hijos de las selvas y haciendo reflexiones sobre su despejo y manera de expresarse de las cuales resultó que mi compañero terminara el diálogo diciendo:

—Es preciso visitar a esa gente, invadiéndolos por Casanare.

CHITA Y LA SALINA

Habláronnos mucho en Cocuy de una laguna llamada Verde situada sobre la serranía de Rechíniga, dos leguas al sudeste de la villa, la cual laguna suponían labrada por los indios para ocultar tesoros en tiempo de la conquista. Con la esperanza de encontrarlos la habían desaguado, y hallaron en el fondo enormes huesos de animal sin semeiante, cubiertos por una capa de cierta substancia negra y elástica, que suponían metálica. De los huesos nos mostraron muelas tuberculosas, de tres a cuatro milímetros de diámetro, en extremo pesadas, brillantes y perfectamente conservadas en la parte superior, y esto bastó para determinarnos a explorar los lugares. Marchamos desde Güicán, por veredas al través de páramos tendidos, regados por

infinitos arroyuelos que fertilizan muchas llanuras pequeñas, cubiertas de lozanas sementeras de papas, cebada, habas y arbejas, en medio de las cuales se levantaban las casitas pajizas del feliz estanciero. A 3.650 metros de altura, y en la confluencia de las principales faldas de las serranías Escobal, Pantanogrande y Rechíniga, hallamos una laguna de 100 metros de largo por 70 de ancho aproximadamente, poblada de patos y derramando un hilo de agua clarísima sobre la quebrada del Hato; ocupa una de las muchas cuencas formadas allí por la ondulación de las colinas, y mantiene el agua 4º más fría que la temperatura del aire ambiente (16º centígrados), reposando sobre una lecho margoso de varios colores, inclinado del noroeste al sudeste, como todas las cuencas y las vallecitos de aquellas extensas laderas. Poco más adelante, a 3.548 metros de elevación, está la poceta que llenaba la Lagunaverde, con la misma inclinación y dispuesta en igual forma que el asiento de las demás lagunetas del páramo, de donde inferimos desde luego, que no había sido artificialmente labrada, como suponían. El fondo de la cuenca es una confusa mezcla de margas y tierras detríticas, probablemente traídas de lo alto de la serranía por las aguas impetuosas de algún diluvio que también lavó, transtornó y redondeó las innumerables colinas que bajan por escalones hasta la hoya profunda del río Pantanogrande. Sobre este asiento habían depositado las aguas estacionadas varias capas de arcilla, separadas por otras de carbonato de cal, formando todas un espesor de dos metros, y presentando en el corte vertical una curiosa y fiel imagen de los estratos de la serranía, con la misma variedad de colores y grosor en las diferentes capas; este sedimento clásico era la pretendida masa metálica que nos recomendaron. Dentro de las tierras detríticas y las margas aparecieron los huesos de mastodonte, cuya situación no pudieron determinar los descubridores, porque las aguas, al romper el dique, produjeron un derrubio que arrastró de repente cuanto había en el fondo cerca del desaguadero. De entre las ruinas sacamos todavía una vértebra de tres decímetros de diámetro por uno de grueso, y una *scápula* de cerca de ocho decímetros de largo y seis de anchura máxima, perfectamente conservadas. Humboldt vio huesos semejantes en Soacha (planicie bogotana, 2.728 metros sobre el mar) y los atribuyó a la especie de elefantes carnívoros de Africa; nosotros los hemos hallado en Covarachía, 950 metros sobre el nivel del mar; en Soatá, 1.325 metros de altura, y en esta Lagunaverde, dentro de cuencas excavadas, en terreno secundario, caracterizado por estratos dominantes de caliza y arenisca, que reposan sobre grandes masas de margas casi irisadas, muy permeables, habiendo encontrado muelas grandes con las protuberancias gastadas por la masticación, y junto a ellas otras más pequeñas sin desgaste alguno, conservando toda la tersura de un esmalte azuloso como si hubiesen pertenecido a individuos jóvenes; prueba de que en tiempos remotos existía y se propagaba en estas regiones aquella raza de mamíferos gigantesco extinguida y sin representantes en nuestra fauna moderna.

Quedaban por visitar en este cantón el pueblo de Chita situado 6 leguas al sur de Cocuy, camino de serranía y la salina del mismo nombre, escondida al sudeste, detrás de la elevada sierra de Tecuqui-

ta y orillas del río Casanare, separándola de la cabecera del cantón casi 12 leguas de tierras frágiles y en su mayor parte despobladas. Chita es el pueblo más alto del Cocuy, pues se halla 2.976 metros sobre el nivel del mar, lo que agregado a tener al respaldo el páramo de Tecuquita, continuación de la sierra nevada por la banda del sur, le proporciona una temperatura media de 11° centígrados y a veces nevadas formales, perdiéndose las sementeras al rigor del intenso frío. El distrito entero cuenta poco más de 7.900 vecinos blancos, robustos y de mejillas firmemente iluminadas, consagrados a la agricultura en pequeño y a la cría de ovejas, que suministran la excelente lana de que los naturales fabrican bayetas y ruanas muy durables y de buen tejido. El pueblo, como todos los antiguos que fueron de indios, se resiente de su origen y lo manifiesta en el desarreglo de las calles y pésima disposición de las casas; pero en cambio las gentes son de índole sana y trato sencillo, virtudes que, unidas al amor al trabajo, constituyen una población moralmente inmejorable, aunque ajena de las superficialidades de la ponderada cultura de otras naciones. Mide la cumbre del vecino páramo 3.664 metros de altura y lo bañan vientos tan fríos, que el termómetro centígrado nos marcó 7° a las nueve de la mañana; por consiguiente, la vegetación es enana y rastrera en la falda occidental y en la cumbre irregular, peñascosa y desolada de esta serranía, traspuesta la cual, varía de repente el paisaje por influjo de los vientos húmedos y tibios enviados por los ardientes llanos del Casanare. La vista de éstos, que se columbra sobre el remoto horizonte, como un mar de azul y nieblas, cortado a trechos por las fajas negras del bosque prolongado que ciñe las márgenes de los ríos, es sin disputa grandiosa y además sorprendente por el contraste de aquella inmensa superficie plana con las tumultuosas serranías en donde el observador se encuentra y que también se pierden en los espacios del setentrión y del medio día. Desde la cumbre hasta La Salina median tres leguas de continuo bajar por escalones de piedra y estrechuras no muy seguras, pero atravesando paisajes bellos, cubiertos de árboles sobrecargados de ondulante musgo y a veces pasando por callejones profundos, cerrados arriba con un techo de ramas entretejidas y las paredes entapizadas de líquenes fragantes, que hacen aspirar con avidez el aire enbalsamado de aquellas galerías naturales. Después de esto, se atraviesa la quebrada de Recoveche, magnífica por su caudal de aguas cristalinas y por lo rápida que baja de peñasco en peñasco, atronando la selva, y se llega a los cerros deleznable y pendientes que cierran por este lado la hoya del Casanare. De allí a poco los cortes de leña y las espirales de humo anuncian La Salina: avistase el caserío de teja con su modesta iglesia, apiñado sobre la estrecha barranca del río y tan recostado contra el cerro, que el extremo del camino va por junto al caballete de las últimas casas, bajándose al pueblo poco menos que perpendicularmente.

Como viceparroquia La Salina no tiene importancia, ni por el número ni por el bienestar de los habitantes; mas sí como centro de una empresa de elaboración de sal común, superior en calidad a la de Zipaquirá no obstante que proviene del mismo gran banco, según la opinión del señor Codazzi, cuyas palabras copiaré por la singularidad del

hecho que explican: "En las faldas meridionales de la Cordillera Oriental de los Andes granadinos, dice, y bajo la dirección general del sudeste al nordeste, se encuentra un sistema de salinas y fuentes saladas que forma una zona continua de extremo a extremo de la provincia de Tunja, relacionada sin duda con el poderoso banco de sal gema que domina los terrenos de Zipaquirá y Nemocón. Casi a la misma latitud de estos dos pueblos, a distancia de ocho leguas, brotan manantiales salados en las orillas del río Somondoco, entre Tibirita y Manta, y aun tres leguas más abajo de estos lugares. Tomando la dirección desde Zipaquirá al nordeste, se encuentra a las diecinueve leguas en línea recta sobre el río Lengupá, otra fuente salada bajo el mismo rumbo que la primera de Somondoco, y a dos y media leguas más allá la salina de Sisbacá sobre el Upía. Pocos grados desviadas del nordeste, a distancia de tres leguas de Sisbacá, se hallan las salinas de Cocuachó y Gualivito, y algo más lejos las de Pajarito y Recetor entrando ya en Casanare. Y es de advertirse que en la misma dirección nordeste, sobre una línea paralela el eje principal de la Cordillera, están las salinas de Sirguazá, Chita y Chinibaque, en territorio de Tundana; hechos dignos de notarse, pues manifiestan la existencia de un enorme banco de sal gema, cabalmente en la dirección general de los valles postdiluvianos, el cual en Zipaquirá perfora los terrenos superiores, mostrándose a flor de tierra a 2.695 metros de altura sobre el nivel del mar, y adelantándose al nordeste se le encuentra en los lugares ya indicados a 1.600 y 1.400 metros, decreciendo en altura y como hundiéndose gradualmente hasta la salina de Chita, cuyo asiento se halla a 1.600 metros sobre el mar; pero las fuentes saladas brotan de muy profundo, por cuanto el agua sale con un calor de 50° centígrados, cuando al aire libre marca sólo 20° el mismo termómetro" (3); observaciones corroboradas durante nuestra excursión por las provincias del norte, pues fuera de aquella zona salífera no hay muestras apreciables de sal a ninguna profundidad.

Produce al año esta salina 37.000 quintales que se venden a 26 reales. Los gastos de producción, elaboración y administración ascienden a 296.000 reales anuales, quedando al gobierno 666.000 reales de utilidad neta, resultado del monopolio del ramo. La sal se obtiene por la evaporación del agua de las fuentes, principalmente de la de 50° de calor, que marcó 5 de densidad en el areómetro. El agua saturada se vierte en unas vasijas cónicas de barro asentadas por hileras sobre un plano inclinado que recibe por debajo el intenso fuego de una grande hornalla cebada con rajadas de leña fuerte; horno llaman a este aparato y *moyas* a los panes de sal que sacan de las vasijas quebrantándolas. El uso de la leña es dispendioso y además trae por consecuencia el malestar de la gente pobre, a la cual se le prohíbe cultivar la tierra "para que vuelva a dar monte". De aquí proviene el aspecto de miseria en los moradores y de salvajismo en la comarca inculta, cubierta de barbechos, a pesar de la privilegiada fertilidad del suelo; el jornalero vejeta mal vestido con harapos, encorvado bajo el

3) — Codazzi, Geografía de Colombia.

peso de los haces de leña, único trabajo permitido, y por la noche descansa en una mala choza, donde no puede encender fuego sino con tasa y medida, porque el proveerse de leña abundante se estima como indicio de elaboración clandestina de sal. Tales, y aun peores que éstos, son los maldecidos frutos inmediatos del monopolio de un artículo indispensable para la vida, sembrado profusamente por la Providencia en las entrañas de nuestros país, y escaseado artificialmente por los hombres a título de medida de buen gobierno, como si el buen gobierno consistiera en contrariar las miras de la Providencia y en atar las manos al industrioso, erigiendo en delito el trabajo inocente y el aprovechamiento de los dones de la tierra. El hallazgo del carbón mineral sería un gran beneficio para la gente pobre, por cuanto cesaría la prohibición de cultivar el suelo para conservar los montes y barzales. Créese que el carbón no se presenta sino en Socotá, siete leguas distante de La Salina, y en la falda meridional de la serranía que limita la hoya del Casanare por su margen derecha. Con todo, paréceme que si removieran la tierra de las cercanías hacia Chinibaque, hallarían buenas minas de hulla; y me fundo en que en estos parajes de terreno kéuprico reposa inmediatamente sobre areniscas ferruginosas o sobre esquistos más o menos carburados, que indican el tránsito de aquel terreno al carbonífero sin promediar otro; y como las discordancias y dislocaciones son muy notables, bien pudiera suceder que en algún punto no explorado hayan salido a la superficie los bancos de hulla. Supuesto este hallazgo, la producción de sal de Chita podría llegar sin mucho esfuerzo a 300.000 arrobas anuales, según calcula el actual administrador, doctor Romualdo Liévano, y abaratarese mucho en ventaja de los consumidores. Las ideas de este inteligente y bondadoso empleado rechazan el opresivo monopolio de la sal, y nadie compadece más que él la suerte del jornalero esclavo de las salinas. En nuestras conversaciones me decía que la observación de los hechos le había convencido de que el único modo de atenuar los efectos perniciosos del monopolio sería el laboreo **popular** de las salinas, abandonando el actual sistema de empresas administrativas, y estableciendo uno semejante al que regía entre los cultivadores de tabaco durante el estanco de este ramo. Muchas vejaciones desaparecían de esa manera, y las ganancias que hoy pasan a manos de los contratistas de elaboración quedarían en las de los colonos, asegurándoles una existencia cómoda y dejando a su propio interés la conservación de los montes, sin perjuicio del cultivo de buenas sementeras; por manera que el campesino hallaría en la fabricación de la sal, y en la agricultura libre, dos fuentes de riqueza que hoy se le obstruyen cruelmente, sin que por eso dejara de hacer el fisco ganancias iguales o mayores que las presentes. Sin embargo, en materias fiscales es tal la fuerza del hábito rutinerio y tan absoluto el imperio de las tradiciones, que las ideas del señor Liévano permanecerán largo tiempo sin ensayo alguno de aplicación.

Las fuentes saladas brotan muy a la orilla del río Casanare, en términos que algunas quedan sumergidas bajo la menor creciente; son todas termales con igual grado de saturación, poco más o menos. A la raíz de los cerros y en determinados lugares, filtra lentamente un a-

gua cristalina, insípida y ligera (14^o del areómetro), que por donde corre deja una especie de limo verde-amarillento, y forma unas concreciones litoideas, porosas, de textura fibrosa compacta, fractura áspera y color a veces rojizo y a veces blanquecino; llámanlas **pedra búchica**, muy solicitada por los indios tunebos, que jamás dejan de proveerse de ella cuando van por sal, y personas respetables nos han asegurado haber visto curar admirablemente las fracturas de huesos, relajación y úlceras envejecidas, con sólo tomar polvos de la piedra disueltos en aguardiente en los dos primeros casos, y aplicarlos secos en el último. No hemos tenido ocasión de hacer el experimento para salir garantes de las virtudes de esta piedra, que ciertamente merece analizarse. Con tal objeto enviamos un pedazo al laboratorio químico de Bogotá, donde se ha tenido por conveniente guardar profundo silencio.

Atesora el cantón Cocuy, en una extensión de 47 leguas cuadradas, todas las producciones vegetales, tanto cultivadas como silvestres, de un suelo singularmente fértil, cuyas sinuosidades lo levantan por grados, desde la temperatura en que prosperan la caña de azúcar y el plátano, hasta la de las nieves eternas, donde ningún ser orgánico subsiste. Por tanto, no hay fruto de los conocidos en ambos hemisferios que una agricultura ilustrada y cuidadosa no pueda obtener para sustento y regalo del hombre; no hay maderas, plantas preciosas ni flores para las cuales no se halle un lugar apropiado; y al mismo tiempo el reino mineral ofrece con abundancia el hierro, el carbón y la sal, bases de toda civilización, acompañados de ricas minas de cobre, galena (plomo sulfurado), cinabrio, alumbre, azufre y óxidos diversos, entre ellos el de cromo, tan apreciado por los pintores. Preténdese que hay además oro y plata, y es verosímil que así suceda, puesto que no son raras las secciones de terreno de aluvión o diluviano y que la galena suele tomar el color gris claro indicativo de plata en combinación. Las quebras repentinas de las serranías y las direcciones diversas que toman, determinan una multitud de accidentes y variedades favorables en el clima y por consiguiente en la vegetación; de tal manera que suelen verse grupos de frailejón creciendo al lado de sementeras lozanas, y las papas, cebada y habas prosperan a 3.669 metros de altura sobre el mar (4), merced a las cuencas abrigadas que el diligente agricultor sabe aprovechar en mitad de páramos al parecer improductivos. El temperamento por extremo benigno, las aguas cristalinas que copiosamente bajan de todos los cerros batiendo a saltos las peñas, y por último, la profusión y baratura de los mantenimientos, concurren a sostener una población fuerte y sana, que aumenta con rapidez y deriva del trabajo continuo de los campos la moralidad que la distingue y hace tan

4) — Halláronse junto a la Lagunaverde, al respaldo de una colina. Según Caldas, el límite de la vegetación de las papas en las provincias del sur es de 2.845 metros. La diferencia de 824 metros que hemos encontrado en El Cocuy, no puede atribuirse únicamente a la que hay entre la latitud de los lugares, sino además a las modificaciones accidentales del clima por las sinuosidades del suelo y la dirección de las serranías.

De la Comisión Corográfica

raros allí los delitos. Lástima es que la instrucción pública sea todavía tan escasa que cueste trabajo encontrar vestigios de ella en medio de la ignorancia general.

Eran los primeros días del mes de julio cuando regresamos a nuestra penitenciaría de Soatá, y brevemente, dando el último adiós a esta hospitalaria villa, emprendimos marcha para el cantón de Santa Rosa.